

Editorial

VICENTE SALAS VIU

Quizá a ninguna otra publicación le corresponda con más derecho y mayor compromiso que a la *Revista Musical Chilena* ocuparse de retener entre los que continuamos la senda de la vida, la memoria de quien fuera su fundador, de quien diera lo mejor de sus energías y desvelos para ir dejando registrada, a lo largo del tiempo, la vida musical del país.

Porque entre otras de las notables características del devenir musical chileno —a partir de un momento en que la música se incorpora de hecho al desarrollo cultural— ha de figurar la labor publicitaria e informativa; esa labor a la que Domingo Santa Cruz y su equipo, allá por los años 1924 en que justamente iniciaban el movimiento renovador, dedicaron especial atención. En verdad, eficaces y decisivas para los ambiciosos proyectos —hoy casi todos realizados uno a uno—, fueron las columnas de “Aulos”, “Marcias”, de la “Revista de Arte” y del Boletín de la Facultad de Música, predecesores de la *Revista Musical Chilena*, aún cuando las dos últimas trataron más bien sobre las artes en general.

Casi treinta años vivió Vicente Salas en lo medular de la variada e intensa actividad musical chilena. Y en medio de ello le conocimos porque, recién llegado de Europa, la Facultad de Música de la Universidad de Chile lo invitó a trabajar en ella contratándolo de inmediato.

El testimonio trágico de la reciedumbre española, la revolución de 1936, costó a la Península, entre otras cosas, un millón de muertos y la dispersión por el mundo de muchos de sus hijos ilustres. Vicente Salas, uno de ellos, —afortunadamente contó entre éstos— y a pesar de haber empuñado las armas con el arrojo propio de su raza y bajo el imperativo de sus ideas, escapó con vida aunque muy enfermo. En esas condiciones llegó a Chile en 1939.

Su nombre no era desconocido en Chile; publicaciones suyas sobre asuntos estéticos, literarios y musicales en las revistas “Cruz y Raya” y “Nueva España” de Madrid habían trascendido las fronteras de su patria y lo mostraban como un joven inquieto, de intelecto poderoso, despejado y de sólida preparación humanística.

Los Salas Viu constituyen una familia española tradicional en la que hubo para los hijos una formación auténticamente cristiana. Es esto importante de consignar cuando evocamos, como ahora lo hacemos, su fisonomía espiritual, cuya complejidad muchas veces antinómica, contradictoria, podía llevar a juzgarsele erróneamente. Las huellas de esa formación compensan a menudo, en las naturalezas muy sensibles o inestables —y Vicente lo era— sus reacciones desproporcionadas y a veces inexplicables.

Además, el fondo religioso que ese medio le dejara de manera perdurable, mantuvo viva en él la problemática metafísica del hombre que, aún cuando

difícilmente sea eludible para cualquier persona que piense, suele adormecerse o dispersarse ante las muchas sollicitaciones intelectuales o vivenciales que permanentemente la vida nos depara. Aunque mucho pensaba en ella, la muerte le pareció siempre una liberación piadosa y la miró cara a cara, sin temor. Diríase hasta con cierta familiaridad excenta, por cierto, de cualquier clase de sentimentalismo. Vicente era un anti-romántico profesional y era difícil, por no decir casi imposible, hacerle romper la pudorosa reserva con que guardaba los problemas que todos llevamos dentro. A través de su charla, de una amenidad y riqueza idiomática poco corrientes, parecía un hombre optimista y hasta alegre. Sin embargo, su naturaleza tendía con frecuencia hacia estados depresivos profundos.

A todo esto que ya de por sí configura una personalidad original, se agregaban en Vicente Salas una serie de condiciones que lo llevaron, a lo largo de su actuación en Chile, a ocupar los más altos cargos dentro de la Universidad; como jefe de servicio, como profesor e investigador y también como conferenciante. En efecto, su paso a través de nuestras instituciones musicales y universitarias constituye un ejemplo de laboriosidad, la más responsable, eficaz y cuidadosa. Los que fuimos sus compañeros de labores hallábamos sorprendente su eficacia, pero pronto descubríase el secreto: el orden meticuloso con que manejaba los asuntos a su cargo, la claridad y firmeza en las ordenes impartidas y lo profundamente humano del trato con los subalternos, le rodeaban de ese ascendiente que es propio sólo de un jefe, y un jefe en este caso de una brillantez intelectual impresionante.

Doce años dio pruebas de todo ello desde la Secretaría del Instituto de Extensión Musical en los años 1940 al 52. Su trabajo en dicho cargo, que iba creciendo junto con la institución, no le impidió tomar la dirección de la *Revista Musical Chilena* que nació de sus manos, publicándose el primer número el 1° de mayo de 1945.

La finalidad de esta publicación que ya lleva 22 años de existencia y cuyo último número, éste que le recuerda, el N° 102 —quedó claramente establecida en el Editorial del N° 1—:

“Nuestra revista pretende como uno de sus fines, servirles de medio de expresión, así como a los críticos y estudiosos americanos y europeos con residencia en este Continente, que tanto habrán de ilustrar con sus contribuciones al desarrollo de nuestra propia cultura. Al mismo tiempo que la *Revista Musical Chilena* cumple con los propósitos dichos, queremos también ofrecer a nuestros lectores en sus páginas la información más completa y sucinta sobre las actividades musicales de nuestro país y de aquellos del extranjero que las actuales circunstancias de la guerra lo permitan. Junto al ensayo extenso, tendrán cabida artículos más breves, comentarios y noticias en los que se procurará reflejar cuantos hechos animan el discurrir de las principales corrientes de la música al día . . . Publicamos sus páginas sin prejuicios ni banderías: las ofrecemos al progreso de la música. El camino

que lleve esta Revista y el destino que tenga, dependerán en su aspecto principal de la acogida que los medios musicales le deparen”.

Modestamente el editorialista —Vicente fue muy modesto— concluye: “La Revista Musical queda abierta a toda expresión sana y bien intencionada de las ideas; si ella perdura y presta los servicios que esperamos en bien de la cultura, habremos reparado una omisión que en la vida musical chilena no tenía ya explicación ni justificativo”. Pero no sólo se reparó una omisión, sino que además y muy particularmente se dio a la vida musical chilena una nueva dimensión en su desarrollo. Aquél primer número augura buena fortuna: no es indiferente que pueda exhibir entre sus páginas (la 21) la carta de felicitación que envía, a Salas Viu, con motivo de su creación, su maestro don Manuel de Falla.

Todos o casi todos los músicos chilenos colaboramos con entusiasmo en esta publicación a la que él diera mucho de lo mejor de su investigación y de su pensamiento. Basta echar una mirada al N° 98 en el que figura un índice detallado del material publicado hasta 1966. Los trabajos musicológicos son numerosísimos y abarcan todos los campos relativos a esa especialidad.

En 1952 a raíz de una de las pocas intervenciones políticas que ha sufrido la Universidad en su ya larga vida, se alejó de los cargos de Decano de la Facultad de Ciencias y Arte Musicales y Director del Instituto de Extensión Musical, Domingo Santa Cruz, asumiendo éste último cargo y por indicación del propio Santa Cruz, Vicente Salas y el suscrito el de Decano interino de la Facultad primero y luego elegido por tres períodos consecutivos.

Fueron años aquellos de estrecha colaboración. La doble actividad de Vicente Salas de Jefe de un servicio complejo y extenso como es el Instituto de Extensión Musical a cuyas manifestaciones dio singular brillo, y la específica suya de escritor, no se vio alterada en lo más mínimo: antes al contrario, en ese tiempo vieron la luz pública entre numerosos artículos y colaboraciones a revistas y enciclopedias musicales extranjeras, algunos de sus trabajos fundamentales como “La Creación Musical en Chile”, “Genio y Figura en el Teatro de Mozart”, “Chopin y las dos caras del romanticismo” y otros.

Trabajador infatigable fue Salas Viu. A ello y a su constante honradez intelectual que en más de una ocasión cobró acentos quijotescos, típicamente hispanos, y en otras lo hizo aparecer ambicioso, debe rendirse justicia que no sólo se exprese en el recuerdo cariñoso sino en el recuento sereno de momentos muy difíciles y confusos por los que atraviesa todo cuanto avanza. En nuestro país como en la Madre Patria, el suyo, suele olvidarse fácilmente o desconocerse, una vez mitigado el dolor de su desaparición, la significación angular que tuvieron determinadas personas en el desarrollo del país. Es esto más evidente, por desgracia, justamente en el campo del arte.

El aporte de Salas Viu al conocimiento y difusión de la música chilena,

ya la culta o la folklórica, es de primerísima importancia. Junto a la publicación citada más arriba y de numerosos artículos y ensayos sobre la materia, debe anotarse como un paso definitivo su intervención en la publicación de discos, la segunda que los servicios musicales de la Universidad hiciera, con obras de seis compositores chilenos (1958). Además ahí están los discos de música folklórica, colección científicamente recogida y seleccionada por sus colaboradores del Instituto de Investigaciones Musicales cuya dirección asumiera luego de dejar la otra del Instituto de Extensión Musical, en 1958.

La diferencia del medio y del tipo de actividad entre los dos servicios es grande. Vicente, más de acuerdo con su carácter y sus anhelos, prefirió la tranquilidad, el aislamiento y el estudio silencioso, que podían ofrecerle el Instituto de Investigaciones Musicales, al agitado y burocrático movimiento administrativo del otro.

Así, pues, consagrado al estudio y a la docencia, planeó e inició un trabajo de largo aliento que tenía esbozado desde hace mucho: escribir una Historia de la Música. Las hay tantas y tan buenas, ¿qué de nuevo podría decirse? ¿Qué nuevo enfoque cabría sin fantasear sobre realidades y en lo principal, al parecer ya establecidas. Como un trabajo de tal naturaleza no requería orden cronológico en su confección, nos tocó estudiar detenidamente como miembros del Jurado que se nombró para calificar la obra, una de sus partes; estaba escrito el gran capítulo sobre el Romanticismo que de por sí constituía un libro voluminoso. Obra excelente y cuyo enfoque es novedoso en cuanto a que con la agudeza que le es habitual revisa algunos conceptos que el tiempo, la rutina o la sugestión de la época, erigen en principios inamovibles. Al mismo tiempo, y al revés, pone de relieve aspectos de música y compositores que las mismas razones indicadas hacen aparecer menguadas injustamente.

En esta obra, por otra parte, el gran estudioso de la música chilena que fue Vicente, vuela a sus anchas. Queremos decir que su europeidad se hace allí más evidente. Vicente Salas por su raza, su formación y por su concepción del mundo perteneció a Europa. Y sin que ninguna latitud nos autorice a establecer diferencias odiosas, en lo primario y general de los hombres, podemos decir que la expresión cultural europea (aquello que legítimamente así puede nombrarse) envuelve algunas constantes psicológicas y éticas, actitudes, reacciones y juicios que indudablemente están marcados con un sello particular.

Dos viajes a España en los últimos años llegaron a parecer un anuncio agorero. Hemos dicho que Vicente a pesar de su amor a Chile y a su gente, nunca dejó de ser un europeo y el anhelo de volver alguna vez a su tierra era algo que no lo dejaba. Dolor y tiempo se interpusieron por muchos años, pero ya apagados o mitigados los rencores de la revolución y transcurridos treinta años, de manera muy española, salvando invitante e invitado sus puntos de vista, a Vicente se le ofreció no sólo un viaje para ir y venir sino

para quedarse y continuar su trabajo allá. Fruto de esa estada fueron varias publicaciones en Revistas y Editoriales, a más de la satisfacción de abrazar de nuevo a sus hermanos (su madre había muerto hace años ya) y amigos, y dejar establecidos contactos con universidades y demás centros de cultura peninsulares. Un segundo viaje poco después y que efectuara como delegado a título personal a la Primera Bienal de Música Contemporánea celebrada en Madrid el año 1964, constituye otro éxito. En la prestigiosa revista de asuntos artísticos "Aulas" de Madrid, que recogiera la información detallada y con excelente material gráfico del torneo, podemos saber que las intervenciones que le cupo hacer a Vicente Salas y especialmente su ponencia y conclusiones (publicadas in extenso) sobre "Exámen de las diversas proyecciones de la nueva música", tuvieron especial resonancia.

La satisfacción que sin duda le proporcionó este reencuentro con Europa y las perspectivas que le abrieron, se vio oscurecida por la amenaza de la enfermedad que hacía ya tiempo murmuraba en la sombra. Si ello lo puso triste —y con razón— con valor y reservas extraordinarios se hizo fuerte hasta que el mal lo venció del todo. Creemos que sentía próximo su fin, que sintió acortarse el trecho que aún le quedaba por andar en este mundo. Pero no tuvo apuro, siempre se dio tiempo para hacer las cosas; era el hombre más ordenado. Fue así también con orden, con pudor y con calma como afrontó el presentimiento de su muerte.

El reavivarse de su religiosidad, profunda, pero como desvanecida y heterodoxa fue para algunos de sus amigos una sorpresa que se nos hizo patente a través de la conversación y sobre todo en dos de sus últimos ensayos: San Juan de la Cruz, el poeta, y Tomás Luis de Victoria, el músico, ambos místicos insignes, vibraron con urgencia palpitante bajo la pluma siempre agil, pero esta vez también más profunda de un hombre que parecía lejos de esos caminos. Parecía, decimos, pues sus ideas y sus juicios repartidos a lo largo de su vasta obra sobre los problemas trascendentes del hombre respiran porfiadamente espiritualidad.

Nada de cuanto se hizo, con ser ello mucho, sirvió para conjurar el mal que inexorablemente le señaló la tumba con cruel anticipación; sólo el cuidado solícito, abnegado e inteligente de su esposa y de su hijo aliviaron el dolor físico y Dios sabe si el otro, el más cruel, que iba desvaneciendo esa inteligencia poderosa y brillante.

Grande es la deuda de la música en Chile para con Vicente Salas, deuda que apenas comenzamos a cubrir y modestamente con estas líneas. Que más allá de nuestra proverbial hospitalidad y cordialidad ellas induzcan a mantener en nuestra vida musical la vigencia de los valiosos aportes que a ella incorporó en su paso por esta tierra.

ALFONSO LETELIER LLONA